

# LOS PRIMITIVOS POBLADORES DE ASTURIAS

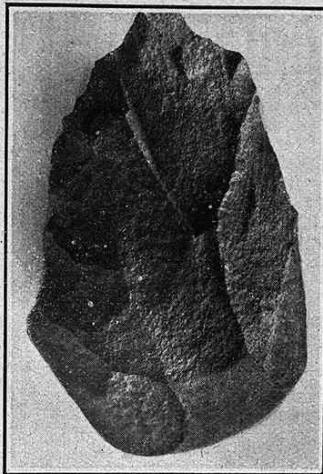


Fig. 1.ª - Hacha de mano, en cuarcita, hallada en la cueva de la Riera

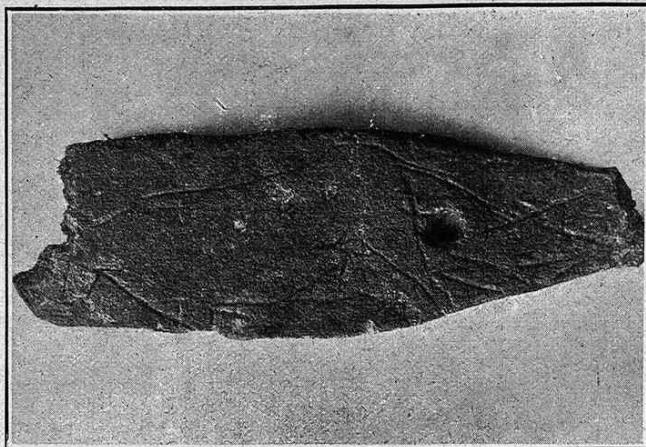


Fig. 2.ª - Hueso con agujero de suspensión y el grabado del bóvido que fué hallado en la cueva llamada de Quintana, radicante en Balmori, perteneciente al Concejo de Llanes



Fig. 3.ª - Pico de la industria asturiana

A hablar de primitivos pobladores no intentamos tratar de ninguna de las invasiones de época histórica, ni aun de aquellos pueblos que, sin haber dejado noticia escrita de ellos, se conocen solamente por la tradición. En estas líneas nos limitaremos a tratar de unas familias ó tribus que habitaron en esta región en la época remotísima en que el empleo de los metales, la domesticación de los animales, la agricultura y el uso de la cerámica eran desconocidos para la Humanidad, cuyo equipaje industrial, único, consistía en unas piedras talladas por medio de dio de traga.

Son abundantes los restos de la industria que el hombre de la época de la piedra tallada ha dejado en este país.

Aparecen frecuentemente en alguna de las numerosas cuevas y abrigos de las laderas calizas, y especialmente en los situados en las cercanías de los cursos de agua.

Las excavaciones que he practicado en esta región me permiten presentar el cuadro sumario de las principales vicisitudes que atravesaron estos primitivos pobladores.

El período geológico conocido con el nombre de cuaternario, en el que aparecen por primera vez los restos del hombre, en Europa, se inaugura con una serie de cambios climatológicos extremos: a unos climas glaciares suceden otros cálidos (más que el actual). Ni geólogos ni astrónomos han podido, hasta la fecha, determinar la causa de estos cambios de temperatura.

Como era natural, los animales propios de un clima caliente que habitaron la región durante un período interglacial, son substituidos por otros de clima frío cuando la glaciaciación llega, y por la conexión de sus restos esqueléticos con los instrumentos de piedra que el hombre talló, se ha podido determinar el clima correspondiente a cada una de las diversas fases de la evolución de esta industria.

En Asturias, a semejanza de lo que en Europa sucede, los primeros instrumentos indubitablemente aparecen en el último período interglacial; el tipo más característico de esta primera industria consiste en un canto rodado ó un nódulo de pedernal tallado en forma de almendra, con los bordes sinuosos y cortantes, al que se ha dado el nombre convencional de *hacha de mano*.

En la figura 1.ª representamos uno de estos instrumentos, hallado en la cueva de la Riera (Posada, Concejo de Llanes), que en nada se diferencia de sus coetáneos de Europa y África.

A partir de este momento, que pudiéramos llamar inicial, la industria de la piedra sufre una continua evolución, que consiste, ora en la forma de los instrumentos, ora en la manera de tallarlos, dando lugar a conjuntos diferenciados y típicos que han sido bautizados con el nombre de la localidad ó de la cueva en que primeramente fueron hallados.

La talla de la piedra tiene su período algido en una industria cuya característica es la presencia de puntas de flecha de una factura tan esmerada, que apenas podemos concebir cómo, con sólo el auxilio de otra piedra, pudo obtenerse tan sorprendente resultado (fig. 5.ª).

En los vecinos Picos de Europa, el límite de las nieves perpetuas desciende mil metros más bajo que en la actualidad; en la costa cantábrica se establecen una serie de moluscos propios de las costas de Escandinavia, cuyas conchas encontramos en las cuevas; el clima de Asturias en aquellos tiempos venía a ser análogo al que hoy predomina en la zona sur de Noruega.

Por muy interesante que sea el estudio de las diversas industrias de la piedra que pueden darnos una idea acerca de las necesidades materiales del hombre, lo es en más alto grado el de sus producciones artísticas, que pueden enseñarnos algo, aunque obscuramente, sobre su mentalidad.

El arte pictórico hace su aparición en la industria clásica que precede a las puntas de flecha; se eclipsa durante ésta, para surgir en todo su esplendor pasado este período.

Sus principales manifestaciones consisten en pinturas y grabados en las paredes de las cavernas, en las que se hallan preferentemente representados los animales que les servían de alimento, acompañados a veces de enigmáticos dibujos, a los que se ha dado el nombre de *tectiformes*.

La modalidad industrial que corresponde a esta época de las pinturas es fácil de determinar; se caracteriza por una marcada decadencia en la talla de la piedra, compensada por numerosos trabajos en hueso, en los que se hallan con frecuencia,

además de dibujos geométricos, representaciones naturalistas, a manera de esbozos, de los mismos animales trazados en las paredes y ejecutados con la misma técnica (fig. 2.ª).

Dada la remota antigüedad de estas producciones artísticas, es fácil colegir cuán pocas se han llegado hasta nuestros días.

Eran ya conocidas algunas de las cuevas pintadas de la vecina provincia de Santander y la de Pindal, situada en el límite oriental de Asturias (Concejo de Ribadedeva), que fueron lujosamente editadas gracias a la munificencia del príncipe de Mónaco, y era lógico suponer que, puesto que todas las industrias clásicas de la piedra habían penetrado en la región conservando gran parte de sus características, también estas producciones artísticas hiciesen su aparición en el centro de la provincia.

Para poder comprobar esta natural hipótesis, emprendimos una detallada prospección de muchas cuevas, entre las numerosísimas que existen en la región, dando por resultado el hallazgo de dos interesantes grupos de pinturas y grabados: uno, en la cueva de la Peña, y otro, en la del Buxo.

La cueva de la Peña se halla situada a bastante altura, en un monte cercano al pueblo de San Román (Candamo); un áspero sendero conduce a su entrada, oculta por las breñas que cubren la ladera. Después de recorrer una tortuosa galería se llega a la sala de las pinturas; ésta es amplia, de forma algo circular y de elevada bóveda; un potente foco de luz consigue a duras penas esparcir una difusa claridad, suficiente para poder admirar el fantástico espectáculo que a la vista se ofrece. Las estalactitas, que tapijan las paredes descendiendo de las alturas, forman las más caprichosas combinaciones: cascadas que súbitamente se hubiesen congelado, tubos de órgano, columnas de catedral, helechos arborecentes; todas estas formas, entrelazándose y fundiéndose unas con otras, producen un conjunto imposible de describir, y del que las fotografías que acompañamos dan una pálida idea, muy distante de la realidad (fig. 6.ª).

A una regular altura del suelo se percibe una hornacina, en cuyo fondo se destaca netamente el contorno, en negro, de un caballo; las formas naturales de la roca, en el lugar donde se halla dibujado, producen la ilusión de que el animal atraviesa un riachuelo, y la cabeza de otro, situado a su izquierda, aparece como abreviando su longitud (fig. 7.ª).

Colocando una luz detrás de una columna estalacítica que existe a la derecha de la hornacina, iluminado vivamente el centro de esta composición, surge a manera de un escenario, y el contraste que ofrece, con la fantástica sala débilmente iluminada, produce un efecto de una realidat inenarrable.

A nuestra derecha se encuentra un gran lienzo de pared, liso y vertical, en el que aparecen un gran número de figuras sobreuestas unas a otras, que se asemeja a un encerado en el que se dibujase sin haber borrado completamente las anteriores representaciones; el ojo del profano sólo llega a descubrir en el centro del tablero de-

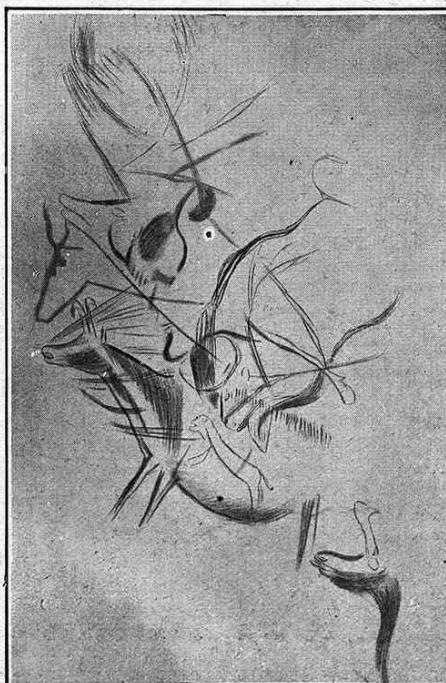


Fig. 4.ª - Grupo de la parte superior del muro

talles aislados, y forzando su atención, llega a descifrar alguna de las cuarenta y tantas figuras que contiene la enrevesada composición.

En la parte superior derecha del muro existe una zona, cuya lectura es menos complicada (figura 4.a). En ella se percibe con relativa facilidad la figura de dos rebecos; en el costado de uno de ellos se encuentra otro dibujo, de difícil interpretación, tal vez animal, tal vez representación antropomorfa; un poco más alto se ven las cabezas de tres ciervos, una de las cuales es apenas perceptible; sobre el cuello de uno de los ciervos, y desbordando por la parte inferior, la cabeza de un bisonte, é inmediato á su derecha, otro bisonte de cuerpo entero y oblicuamente dibujado. Aunque la antigüedad de esta clase de pinturas está hoy día rigurosamente establecida como comprobante de las de esta cueva, citaré el siguiente episodio: Acompañado del doctor H. Obermaier, trataba de obtener una fotografía de un grupo de estos dibujos; una vez enfocado el aparato, notamos que dentro de su campo aparecía un letrero, hecho por algún visitante con el negro del humo que se desprendía de una vela, el nombre de una mujer y una fecha; con el objeto de hacer desaparecer el anacrónico escrito, requerí un balde de agua y una esponja, con la que comencé á friccionar la pared, que en aquel lugar estaba recubierta de un magma, formado por la descomposición de la caliza, de un centímetro de espesor.

El letrero desapareció rápidamente; pero noté, con sorpresa, que bajo la costra de caliza surgía un dibujo negro; extendí el campo del raspado y aparecieron las figuras de dos toros.

La Comisión de Investigaciones prehistóricas y paleontológicas tiene en prensa una detallada Memoria de este importante monumento.

Otra de las cuevas con manifestaciones de arte rupestre es la del Buxu, hallada por mí en 1917; está situada en términos de Cardes, del Concejo de Cangas de Onís, y muy cercana á un riachuelo que lleva el nombre de Entrepeñas.

Su entrada consiste en un agujero circular de unos 45 centímetros de diámetro, por el cual puede entrar, arrastrándose por el suelo, una persona de poca corpulencia; á unos 60 metros de la entrada comienzan á percibirse los primeros dibujos, la mayoría grabados de poco valor



Fig. 6.º—Vista parcial de la sala de pinturas de la cueva de la Peña

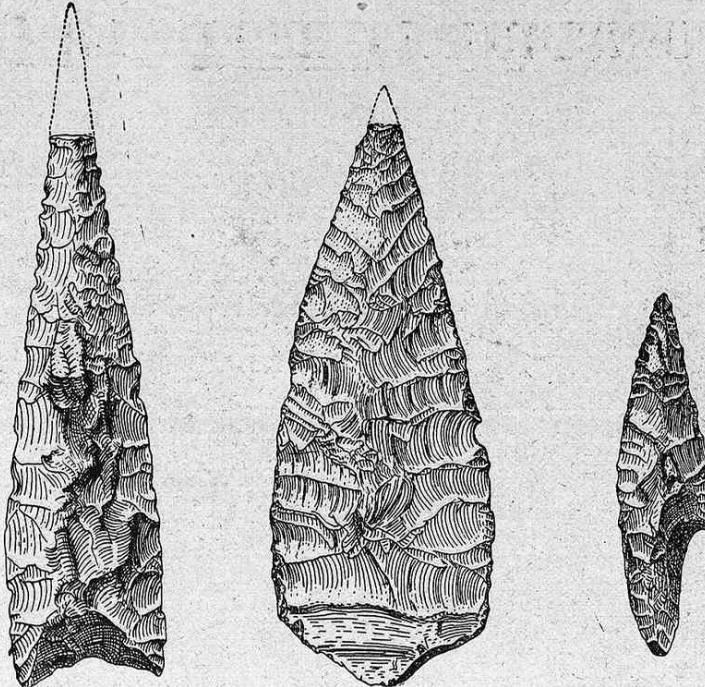


Fig. 5.º—Puntas de flecha (Cuetos de la Mina)

artístico. El grupo más interesante se encuentra situado en una hornacina ó divertículo muy bajo de techo, y á semejanza de lo que en San Román sucede, muchas de las figuras se sobreponen las unas á las otras.

Las principales representaciones de este grupo son tres caballos grabados, de unos 30 centímetros de largo: el situado en la parte inferior derecha (figura en la siguiente página en color), trazado de mano maestra, como puede apreciarse por la exactitud del contorno, la seguridad de las líneas y la indicación de todos los detalles esenciales del animal; toda la superficie del dibujo aparece con un rayado, que da gran plasticidad á la figura.

Inmediato á los caballos se percibe con alguna dificultad un bisonte, también grabado, y algo á su derecha un conjunto de varias figuras (que también presentamos en la página siguiente). En la parte superior un gamo con sus típicos cuernos en forma de paleta, su boca entreabierta, como en actitud de bramar; aunque el dibujo de este animal es bastante deficiente, es, á nuestro juicio, la figura más interesante, por ser la primera vez que se encuentra en las cavernas franco-cantábricas representado el gamo de una manera indudable.

Además de las representaciones zoomorfas que hemos indicado y otras que omitimos por carecer de interés, se encuentran en esta caverna numerosos grabados *tectiformes*, de un tipo semejante al que reproducimos anteriormente.

El clima correspondiente al periodo de las pin-

turas sigue siendo frío; mezclados con los huesos dibujados, hallamos las conchas de moluscos nòrdicos, y entre los mamíferos, el alce (cueva de Balmori). En Francia coincide con la gran abundancia de reno, el que penetra en la región cantábrica hasta Santander; sus restos no han sido todavía hallados en Asturias.

La industria de piedra y hueso tiene una rápida decadencia, sobreviniendo una nueva modalidad, caracterizada por pequeños instrumentos de piedra, en los que predomina un pequeño disco, del tamaño de un botón, finamente retocado en todo su contorno, y conocido con el nombre de *disquito raspador*.

La temperatura se suaviza lentamente, hasta que adquiere próximamente las condiciones de la actual.

Los hombres abandonan las cavernas, que les sirvieron de refugio durante los fríos glaciales, y se establecen al aire libre; pero para demostrar su filogenia troglodita, construyen sus chozas á la entrada de unas cuevas, que ya no utilizan; los habitantes de la costa hacen un intenso consumo de marisco, y sus conchas forman montículos de grandes proporciones, que llegan á veces á seis y siete metros de altitud.

En una de mis primeras excavaciones tuve la suerte de encontrar, en medio de estos depósitos de marisco, un tipo industrial nuevo, que es el que viene a caracterizar esta época: consiste en una especie de pico, construido en un canto rodado de forma oval y algo aplano; uno de los extremos ha sido tallado en punta, mientras el contrario conserva la corteza del canto (fig. 3.a), y que probablemente sirvió para separar el marisco de la roca.

Siguiendo la tradicional costumbre, esta nueva industria ha sido bautizada con el nombre de *Asturiense*, por ser Asturias la primera, y hasta la fecha única, región donde se ha hallado; pero es de suponer que se encuentre en gran parte del litoral cantábrico.

Con este episodio termina en la región, así como en el resto de Europa, el primer ciclo recorrido por sus habitantes: en los niveles sucesivos se aprecian ya los restos de la cerámica y algunos instrumentos de piedra pulimentada. Ha terminado el Paleolítico y sobrevienen los tiempos del Neolítico.

CONDE DE LA VEGA DEL SELLA

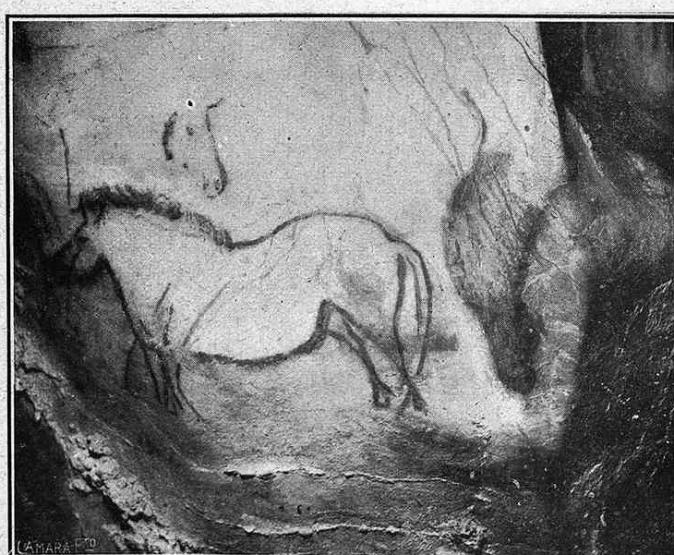


Fig. 7.º—Caballos de la hornacina, situada á escasa distancia del suelo